

Cuando al anochecer volvía á pasar por las posiciones tan valientemente defendidas, saludóle un interminable hurra de sus victoriosas tropas.

El segundo ataque, llevado á cabo por los servios al día siguiente, se estrelló contra la decisiva superioridad de la artillería búlgara. El número de combatientes de los búlgaros habíase aumentado entretanto con 21,000 hombres, y el telégrafo trabajaba sin descanso aguijoneando á la parte del ejército que acudía de la Rumelia oriental para que llegase cuanto antes á marchas forzadas. Por segunda vez fué Bendereff, que combatía en el ala derecha, el que atacó con sus batallones y con brillante éxito las posiciones ocupadas por los servios. Estos no habían conseguido más que un triunfo: su division del Morawa se había establecido al anochecer del 17 en Bressnik, poblacion situada á la izquierda de los búlgaros, con lo cual amenazaba la posicion de Sliwnitza así como la capital, Sofía. Cuando el príncipe Alejandro tuvo conocimiento de este suceso en la mañana del 19, tomó con harto dolor de su corazon el partido de abandonar el victorioso campo de Sliwnitza y dirigirse á Sofía, para evitar el peligro que amenazaba desde Bressnik. Pero su temor resultó infundado, lo mismo que el pánico que reinaba en Sofía. Un joven é inteligentísimo oficial, el capitán Popoff, derrotó é hizo retirar á los servios que acudían desde Bressnik, les persiguió hasta allí y les arrojó de sus posiciones, mientras el ataque principal del rey Milano se estrellaba ante la inquebrantable fortaleza de los defensores de Sliwnitza. En este tercer día de batalla la derrota de los servios fué debida á la falta de union y fuerza para dirigir las maniobras; á la disminucion creciente de las municiones y por lo tanto á la impotencia de sus cañones y fusiles, y á la desanimacion de las tropas, que impidió todo ataque eficaz. La última tentativa para apoderarse del pueblo de Wladimirowze, situado á la izquierda de Sliwnitza, fué rechazada por tres batallones búlgaros que acababan de llegar, los cuales, despues de haber hecho una marcha de 60 kilómetros, entraron en combate sin tomar el menor descanso y cayeron sobre el flanco derecho del enemigo (1). Cuando á las seis regresó el príncipe de Sofía no estaba aun terminada la batalla, pero esta ba decidida en toda la línea. Profundamente conmovido abrazó en el campo de batalla al mayor Gudscheff, felicitándole por el triunfo. La division servia del Danubio habia sido completamente derrotada por los ataques de Bendereff y rechazada hasta el paso del Dragoman; la retaguardia de todo el ejército principal habia caido casi por completo en poder de los búlgaros; y era tan grande el número de desertores que acudía del campamento, que demostraba que reinaba el mayor desorden é indisciplina entre el ejército servio. Muchos oficiales fueron asesinados traidoramente por la espalda por sus mismos soldados. El rey Milano, que ya no tenía segura su vida entre su propio ejército, podia ser considerado como moralmente muerto.

Cuando al anochecer del 19 de noviembre regresaba el príncipe con su acompañamiento á Sliwnitza, dirigióse hácia él un oficial que saludándole con el sable djóle estas palabras: «Tirnowski-Polk, Primorski-Polk, cuatro destacamentos de la Rumelia oriental, 13,000 hombres en su puesto;» y así era en efecto: todo su ejército habíase reunido y con esto estaba decidida la suerte de la guerra (2).

(1) Monner, pág. 141.

(2) A. de Huhn refiere como testigo presencial, en la pág. 173, lo siguiente: «A espaldas de las posiciones, en una estrecha garganta donde generalmente hervía un solitario caldero, veíase á la sazón un bosque de bayonetas, y al acercarse el príncipe oyóse un grito de júbilo tan atronador que no he oído jamás hasta entonces cosa semejante. Parecía que comprendían aquellas gentes que con su llegada habia sido

El 22 de noviembre partieron los búlgaros en marcha general, y el mismo día fué tomado el paso del Dragoman tras corto combate, entrando el 24 en Zaribrod. Con esto fueron rechazados los servios á su propio territorio, habiendo dejado en los cuarteles y viviendas búlgaras fama de excelente disciplina y ejemplar respeto á la propiedad ajena (3). De nuevo sostuvieron en territorio búlgaro un serio combate en las alturas cercanas á Pirot el 26 y 27 de noviembre. Pero la Servia al perder también esta batalla y entrar el príncipe en Pirot, solo podia esperar su salvacion del extranjero, y en efecto la obtuvo el 28 del mismo mes de noviembre por medio de Austria, como en 1876 la habia obtenido por Rusia.

En la mañana del citado día hizose anunciar al príncipe el conde Khevenhuller, embajador de Austria en la corte de Belgrado, para pedir la suspension de hostilidades contra Servia. El príncipe Alejandro rechazó esta intervencion en los asuntos de Bulgaria, declarando que solo podia acceder á determinadas proposiciones de paz, pero no á suspension de hostilidades. Entonces el embajador dióle la siguiente respuesta decisiva: «Si V. A. no quiere acceder á suspender las hostilidades, entrará el ejército austro-húngaro en Servia y al penetrar mas V. A. con el suyo en este país, encontrará al ejército austriaco en vez del servio. Comunico esto á V. A. en nombre de S. M. el emperador y rey.»

El príncipe Alejandro tuvo que ceder ante esta amenaza de guerra del Austria; mandó suspender las hostilidades, pero dando á conocer en una circular el motivo que le habia obligado á ello. Las negociaciones que empezaron entonces dieron por resultado un armisticio con Servia y un acuerdo con la Sublime Puerta sobre la Rumelia, que fué publicado por la primera el 2 de febrero de 1886. Sus artículos mas importantes dicen así: «La dignidad de gobernador general de la Rumelia oriental, en consonancia con las disposiciones del convenio de Berlin, recaerá por confirmacion imperial sobre el príncipe Alejandro de Bulgaria, confirmacion que se renovará cada cinco años mientras el príncipe permanezca fiel al sultan y gobierne acertadamente la provincia. En el caso de un ataque extranjero al territorio otomano en las fronteras de Bulgaria ó de la Rumelia oriental, la Sublime Puerta enviará tropas de auxilio, que serán puestas bajo el mando del príncipe Alejandro.» Este convenio fué aceptado sencillamente en el mismo mes por Francia, Inglaterra é Italia. Alemania y Austria hicieron depender su aprobacion de una inteligencia con Rusia. Mas ésta exigió que se

derrotado por completo el ejército servio. Habían venido á pié desde Yamboli y Hermanli á marchas forzadas y entre lluvia y nieve por los Balkanes, sin descansar ni de día ni de noche, con el solo afán de acudir al auxilio de sus hermanos. La órden de marcha habia sido de sesenta kilómetros por día; el Primorski-Polk habia andado en las últimas 32 horas 95 kilómetros, y siendo un ejército de 4,500 hombres solo habían tenido que dejar 62 rezagados en el camino. Seguramente que ésta ha sido una de las marchas mas gigantescas que registra la historia (\*). A pesar de esto, era tan firme y risueño el aspecto de aquella gente, se notaba tan poco cansancio en ella, que hubiera podido ponerse sin vacilar á combatir contra el enemigo. Cuanto mas nos acercábamos á Sliwnitza, mas soldados veíamos por todas partes. Por delante del vivaque del príncipe desfilaron los últimos batallones en innumerables filas, y cuando creíamos que habían terminado de pasar venia otro nuevo destacamento. Delante del konak tocaba la música militar la *Dschumi Maritza*, y con indecible júbilo contestaban las tropas que desfilaran al cariñoso saludo del príncipe; el ejército búlgaro estaba en su puesto.»

(3) En Pirot, por el contrario, parece que saquearon los búlgaros; véase Huhn, págs. 201 y 237.

(\*) El señor A. de Huhn no conoce seguramente las marchas que ha hecho en muchas, muchísimas ocasiones, la infantería española: 60 kilómetros, ó sean 12 leguas por día, no son gran cosa para un soldado español. (N. del T.)

suprimiese el artículo sobre el auxilio de tropas y despues el nombre del príncipe. El príncipe de Bulgaria debia ser por derecho gobernador general de la Rumelia oriental con aprobacion de las potencias, y sin tiempo limitado. La Sublime Puerta declaróse conforme el 7 de marzo en que el príncipe de Bulgaria fuese declarado sin citarle por su nombre y por cada cinco años gobernador general de la Rumelia oriental, conforme á lo expresado en el artículo 17 del convenio de Berlin y con aprobacion de las potencias; y tras larga resistencia sometióse el príncipe Alejandro á este acuerdo de las grandes potencias el 12 de abril. El hecho de la union de ambas Bulgarias estaba, por lo tanto, reconocido y se habia hallado el medio de introducirle en su derecho nacional. Pero el todo significaba para el mas despreocupado la certeza de que la nueva Gran Bulgaria, despues de haber reconocido su propia fuerza, no sería nunca lo que no habia llegado á ser aquel principado ni aun antes de haberse hecho cargo de su fuerza, es decir, una provincia rusa. Antes de someterse el emperador Alejandro III á esta situacion, quiso emplear todos los medios para arrojar del trono á aquel aborrecido Battenberg que le habia dado tan gran disgusto. En la noche del 21 de agosto de 1886 fué acometido el príncipe Alejandro en su konak por oficiales conspiradores del regimiento de Struma, á los que se habia unido el colegio de cadetes bajo el mando del mayor Gruyew, los cuales amenazándole con sus pistolas, le obligaron á firmar un papel donde decían estaba escrita su abdicacion. El príncipe sin leerlo escribió estas palabras: «Dios proteja á Bulgaria. Alejandro.» Fué conducido con su hermano Francisco José á Rahowa junto al Danubio, embarcado allí bajo la mas severa vigilancia en el yate *Alejandro* el 23 del mismo mes, conducido á Reni (Rusia) y entregado allí al burgomaestre como «prisionero de Estado (1).» Entretanto los conspiradores formaron gobierno en Sofía, compuesto del metropolitano Klement de Tirnowa, del antiguo ministro Zankoff y del mayor Gruyew, y para justificar el destronamiento del príncipe dijeron que éste habia seguido una política contraria á la Rusia. Apenas fué conocido en la provincia el suceso del 21, estalló una sublevacion en contra del nuevo gobierno. Las tropas de Philipópoli, Schumla, Plewna, Widdin, Tirnowa, Silistria y Nicópolis se levantaron en favor del héroe de Sliwnitza y Pirot, y con ellas también despues del primer aturdimiento el pueblo entero contra los traidores de la capital (2). Ya el 24 fué derrotado el gobierno y nombrado al día siguiente uno nuevo en Tirnowa, á cuya cabeza figuraba Stambuloff, presidente de la Sobranje, y Mutkuroff, jefe de las milicias de la Rumelia oriental, los cuales formaron este ministerio para llamar al príncipe Alejandro, constituyendo en su nombre una regencia. El príncipe volvió en efecto. En Reni habia sido puesto en libertad por los rusos, y se dirigió á Lemberg para desde allí volver á su patria; pero habiendo llegado á su conocimiento los sucesos de Bulgaria, decidió acceder á los deseos de la regencia. En medio de un indescriptible júbilo popular llegó el 2 de setiembre á Philipópoli y el 3 á Sofía, declarando allí en solemne reunion de los representantes de las potencias — los de Rusia y Alemania faltaban — y de la oficialidad, que tenia que abdicar y abandonar el país, porque de otro modo sería éste ocupado por los rusos, cosa que habia sabido por medio de un telegrama que no le dejaba otra eleccion. A su regreso habia telegrafado al czar, desde Rustschuck, terminando con estas palabras: «Ya que Rusia me ha dado mi corona, estoy dispuesto

á ponerla en manos de su soberano;» á lo cual contestó el czar: «He recibido el telegrama de V. A. y no puedo aprobar su regreso, pues preveo consecuencias funestas para la ya tan probada Bulgaria. Yo me abstendré de toda intervencion en el triste estado á que ha sido reducido ese país mientras V. A. permanezca en él; V. A. sabrá lo que ha de hacer. Yo me reservo el derecho de resolver lo que me ordenen el venerado recuerdo de mi padre, los intereses de Rusia y la paz de Oriente (3).» A esta presion de fuerza obedeció el príncipe Alejandro cuando, despues de haber instituido una regencia presidida por Stambuloff, Mutkuroff y Karaweloff, abandonó el 7 de setiembre de 1886 el afligido país. Arrojado de él por una banda de rebeldes sin honor, pero llamado con júbilo por el ejército y el pueblo, podia emprender su regreso con la mayor honra despues de haber demostrado lo que era en realidad, la víctima sacrificada en aras de la reconciliacion de Bulgaria con «el czar libertador.» Siguieron un par de meses de violentas tentativas rusas llevadas á cabo por el general Nicolás Kaulbars, hermano del anterior ministro, despues largo tiempo de anarquía, y al fin en julio de 1887 fué elegido el príncipe Fernando de Coburgo soberano de Bulgaria, que ha conservado su puesto hasta el día.

Los búlgaros son llamados por sus panegiristas desde la batalla de Sliwnitza «los alemanes de los pueblos de los Balkanes.» Si tienen en realidad estas cualidades, que les den derecho á este orgulloso nombre, un príncipe alemán ha sido el que se las ha imbuido y el que se las ha hecho ganar en propiedad. Mas para llamarse alemanes del país de los Balkanes tienen que aprender todavía, del destino preparado por ellos á este príncipe, lo que les falta, que es la fidelidad alemana.

## CAPITULO VI

### EL CREPÚSCULO DE LA VIDA DEL EMPERADOR, SU MUERTE Y LEGADO

No solo por intervencion inmediata influyen hoy día los grandes Estados sobre la vida de países vecinos mas pequeños. Las oleadas que á causa de las batallas y derrotas en los combates interiores y exteriores se forman sobre la superficie del mar de la vida del Estado universal, impelen sus círculos de nacion á nacion. No las detienen las fronteras, y hacen tan poco caso de la pluma del diplomático como de la espada del guerrero. Esto demuestran los destinos de la Bélgica y la Suiza desde la fundacion del imperio alemán.

El reino de Bélgica existe aun, y el haber podido celebrar el año 1880 el quincuagésimo aniversario de su fundacion con todo brillo y magnificencia, lo debe sola y exclusivamente á las victorias obtenidas por las armas alemanas sobre el emperador de los franceses. El violento ataque que se permitió Napoleon en 1869 contra la independencia de aquel país neutral, obrando en contra del deseo del gobierno, sobre la compra de los ferro-carriles de Bélgica y Luxemburgo por la sociedad francesa de los ferro-carriles del Este (4), fué rechazado por la actitud firme y prudente del ministro liberal Frere-Orban (5). Despues habíanse ocultado por ambas partes intencionadamente la trascendencia política de este hecho; pero cuando á fines de julio de 1870 el conde de Bis-

(3) Véase el *Calendario histórico*, de Schulthess, del año 1886, páginas 408 á 409.

(4) Por el contrato del 31 de enero de 1869; véase el *Calendario histórico* de Schulthess del mismo año, págs. 418 á 422.

(5) Véase sobre el primer ministerio de éste, que tuvo trece años de duracion, la obra de H. Bartling: *Bélgica desde 1857 á 1872*, tomo XII (1875), págs. 1 y 2.

(1) Véase: *El tiempo de las tempestades búlgaras*, de Huhn, pág. 33, Leipzig, 1886.

(2) Huhn, obra citada, pág. 82.

marck emprendió su campaña para desembozar á Napoleon, el primer hecho que vió la luz fué que el emperador, además de los países del Rhin y el Luxemburgo, quería agregarse la Bélgica con ayuda de Prusia, sobre la cual fundaba constantemente sus esperanzas. Precisamente en tiempo de las negociaciones acerca del expresado ferro-carril había dicho el conde Benedetti al de Bismarck que, en el caso de ser ocupada Bélgica por los franceses, la Prusia encontraría su Bélgica en otra parte, buscando indemnización, así como la política francesa buscaba en su propia frontera la compensación de los aumentos de territorio que ganaban en otra parte las potencias extranjeras. «Creo, decía Bismarck en su circular del 29 de julio de 1870 (1), que solo el completo convencimiento de que con nosotros no podrá ensanchar la Francia sus fronteras, es el que ha decidido al emperador á lograrlo contra nosotros. Tengo hasta motivo para creer que la problemática declaración (2) no se hubiese llevado adelante, pues una vez terminados nuestros preparativos de guerra y los de los franceses, nos habría hecho Francia el ofrecimiento de colocarnos unidos á la cabeza de un millon de pertrechados combatientes, enfrente de la hasta ahora desarmada Europa, y realizar los propósitos que nos han sido comunicados anteriormente, es decir, hacer las paces antes ó despues de la primera batalla sobre la base de las proposiciones de Benedetti á costa de Bélgica.»

Desde aquellos días de julio se sabía en Bélgica de lo que se trataba en la guerra que se iba á empezar. Las victorias de Francia significaban el hundimiento de Bélgica, mientras que Prusia, que había velado en tiempo de paz con entera fidelidad por mantener la neutralidad pactada, con la misma bandera que defendía el honor de Alemania cubría también la independencia de su vecino. El ser ó no ser de este Estado dependía de la victoria de las armas alemanas y de ella sola. Contra las inevitables consecuencias de un triunfo francés, serviría tan poco el ejército belga como aquellas declaraciones de neutralidad pedidas por lord Granville el 30 de julio á los gabinetes de Europa. El gobierno belga, que estaba bien convencido de esto, siguió con intachable severidad los deberes militares y políticos de un Estado neutral en cuyas fronteras se desencadenaba una guerra universal. Pero la prensa del país mostraba en su gran mayoría un fanático encono contra los alemanes, que defendían á la Bélgica. La irritante rudeza con que en las estaciones belgas eran tratados por el populacho de las ciudades los alemanes que corrían á sus banderas, los expulsados de Francia y hasta los heridos que regresaban del campo de batalla de Sedan, demostraba que el espíritu del pueblo se retrataba fielmente en sus periódicos, y que por lo tanto el país, con excepción de su oprimida población flamenca, merecía ser agregado á Francia y participar de su libertad y civilización.

La salvación de Bélgica, pagada con ingratitud por su pueblo, fué el primer servicio prestado por Alemania á esta nación; el segundo fué el amparo que dió á los liberales con su ejemplo para luchar con Roma, animándoles por primera vez cuando volvieron al poder en junio de 1878 á emprender con resuelta seriedad la campaña por la escuela.

Fué un solemne momento en la historia de Bélgica el 12 de noviembre de 1878, cuando el rey Leopoldo II, con un discurso de la corona, abrió las cámaras, nuevamente completadas por las elecciones de junio. Decía así: «La formación del espíritu de un pueblo es hoy más que nunca la fuente de su bienestar, y con la creación de un ministerio de

(1) Véase: *El príncipe de Bismarck*, tomo II, pág. 79, por Hahn.  
(2) Véase el boceto de convenio de Benedetti en el *Times* del 25 de julio, tomo I, pág. 606.

instrucción pública ha demostrado el gobierno bastante su propósito de velar con especial esmero sobre este noble y gran interés. La enseñanza dada á costa del Estado tiene que someterse á la exclusiva dirección y vigilancia de las autoridades de la nación; éstas tienen la misión de imbuir en las jóvenes generaciones el amor y el respeto á los principios que forman la base de nuestras instituciones. Mi gobierno pedirá vuestro apoyo para extender y afirmar esta enseñanza; un solo día no bastará para completar esta obra de nueva creación, pero los ejemplos que se den despues marcarán el camino que han de seguir los representantes del país en unión de mi gobierno.» Tal era el plan de trabajos del segundo ministerio de Frere-Orban, que comenzó á funcionar el 19 de junio de 1878 (3) precisamente á los ocho años de haber caído. Al lado de los veteranos liberales Frere-Orban y Bara, el último de los cuales se había encargado del ministerio de Justicia, aparecía Van Humbeeck como primer ministro de Instrucción de un Estado que, según el sentido de su constitución, no debía tener ministerio de este género, porque significaba la alta inspección del Estado sobre la escuela, cosa que le estaba vedada expresamente por la constitución. Era la primera vez en la historia de Bélgica que el poder civil emprendía la lucha por la instrucción, que hasta entonces había estado exclusivamente en manos del poder eclesiástico, primero contra Austria, despues contra Holanda (4), con tal exageración y tal éxito, que la Iglesia había logrado la autoridad suprema sobre toda la instrucción en el año 1830 en Bélgica como fruto natural de su separación de la Holanda. Por una parte los artículos de la constitución sobre iglesias y libertad de escuelas, y por otra el decreto de 1842 relativo á estas, daban á la autoridad eclesiástica la santidad del derecho, y á la sazón los ministros de 1878 tenían la espinosa misión de desarraigar este estado de cosas que se había apoderado de lo que constituía hacia décadas el poder y el derecho en el país. El ataque contra la escuela fracasó por lo tanto. Cierta es que los liberales, fundándose en un nuevo decreto relativo á escuelas públicas del año 1879, lograron crear centros de instrucción elemental en todos los municipios, con maestros y maestras del orden civil; pero no consiguieron que asistiera á ellos toda la juventud de los pueblos, pues para esto faltaban en primer lugar el decreto haciendo la instrucción obligatoria, en segundo lugar el referente á la asistencia gratuita, y en tercer lugar, todo medio eficaz de suprimir las «escuelas libres» fundadas por el clero al lado de las municipales y pobladas y sostenidas por el abuso de la fuerza eclesiástica. Consiguieron además dar á la publicidad un tratado sobre escuelas, cuyo trabajo duró desde el 31 de mayo de 1880 hasta el 31 de diciembre de 1883, y formaba seis gruesos tomos de un inestimable valor de investigación. Así como en el estado de Irlanda se estudia la heredada sabiduría de la nobleza del parlamento inglés, hay que estudiar en este tratado la Iglesia y la libertad de escuela de Bélgica. La pintura es aterradora, pero indiscutible en su verdad, pues está hecha solamente por las confesiones acordes en un todo del clero y de sus martirizados penitentes (5). La espantosa miseria que esta guerra por la escuela trajo sobre cada municipio, mejor dicho sobre cada familia, se vió tan clara como lo irremediable de este mal, mientras no fuesen extinguidas

(3) Sobre este ministerio véanse: *La crisis en Bélgica, y Nuestra época*, de Venzelburger, 1875, tomos I y II.  
(4) El papel jugado por el clero en la historia anterior de Bélgica, está bien expresado en la obra de J. Kuranda: *Bélgica desde su revolución*, Leipzig, 1846.  
(5) Véase el *Calendario histórico* de Schulthess, de 1882, páginas 436 á 437, y el del año 1884, págs. 327 á 328.

por completo las escuelas libres y llevado á cabo con severidad el decreto de asistencia obligatoria y gratuita á las municipales; pero precisamente los liberales no podían decidirse á adoptar estas medidas por respeto á la libertad. Un proyecto de ley del gobierno sobre este particular fué olvidado, lo cual no debe extrañar á nadie que sepa que el 8 de mayo de 1884 una proposición de reconocimiento de los bienes que se hallaban en poder de la *mano muerta*, es decir de los conventos, fué rechazada en la cámara solo por sesenta votos contra cincuenta y ocho. En las nuevas elecciones del 10 de junio de 1884 sufrieron los liberales una completa derrota, entrando en lugar de sus ministros los fogosos y conocidos partidarios del clero Malou, Beernaert, Jacobs y Woeste, cuyo nuevo decreto sobre escuelas restableció por concesiones generales de «escuelas privadas» la suprema soberanía de los hermanos y hermanas en su más ancha esfera. La ocupación principal del ministro de la Gobernación, que desempeñaba al mismo tiempo la cartera de Instrucción pública, era destituir en masa á los maestros y maestras civiles, que despreciados por los clérigos, no eran ocupados por los vecinos y tenían que contentarse con escasos recursos y en espera de nueva colocación.

Otro servicio prestó la política alemana al rey de los belgas apoyando según se recordará su creación favorita, ó sea la *Sociedad internacional del Congo*, en sus derechos de libre navegación, contra el convenio anglo-portugués, y transmitiéndole despues, en la Conferencia de Berlín sobre el Africa, la dignidad de soberano del nuevo Estado del Congo.

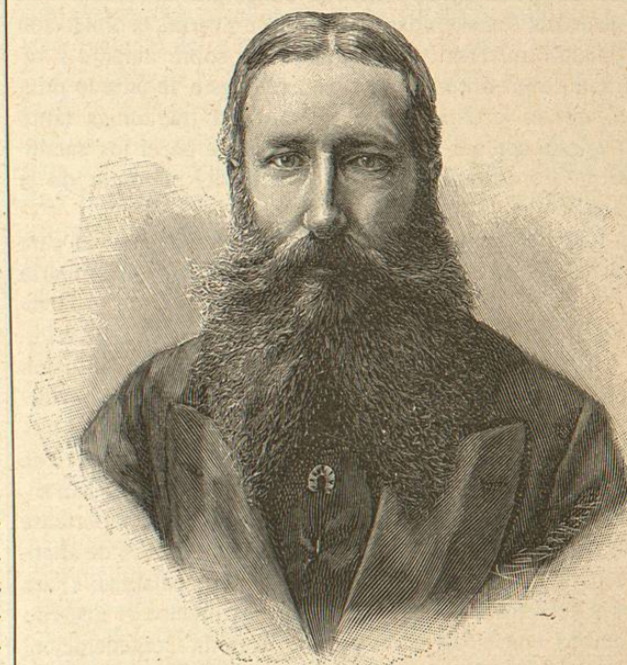
El príncipe de Bismarck ensalzó los merecimientos del rey en pro de esta nueva fundación, en la sesión final del 26 de febrero de 1885, con estas lisonjeras palabras: «No puedo tocar este punto sin rendir nuestro homenaje á S. M. el rey de Bélgica por sus nobles afanes como fundador de una obra que en el día ha sido reconocida por casi todas las potencias y que, una vez asegurada, podrá reportar grandes beneficios á la humanidad.»

Desde el decreto sobre escuelas de 1879 y el alboroto que le había sucedido, sabía todo el mundo que en el Estado belga los liberales y los clericales estaban unos frente á otros como encarnizados enemigos, por mas que exteriormente perteneciesen á la misma Iglesia y no fuesen molestados en sus ideas ni limitada su libertad de conciencia. Esta ruptura dióse á conocer claramente en 1880 en la fiesta conmemorativa del año quincuagésimo de la constitución belga. Mas el que existiera otra ruptura mucho peor, y contra la cual ponían mucho menos remedio los artículos liberales y políticos de la constitución, parece que lo ignoraban en aquella época los liberales ó que no querían confesárselo á sí mismos (1).

Sin embargo, el mes de marzo del año 1886 la puso bien palpablemente á la vista, en forma de un alboroto de traba-

(1) La víspera de la fiesta patriótica del 16 de agosto de 1880, que se celebró en Bruselas en conmemoración de 1830, proyectaron los socialistas, á fin de conseguir el sufragio universal, una gran manifestación, sobre la cual guardó silencio la prensa. Uno de los testigos de ésta, llamado Julio Rodenberg, dice sobre ella en su obra: *Bélgica y los belgas* (Berlín, 1881), págs. 75 y 76: «Si los socialistas hubiesen obrado seriamente, habrían sido hechos pedazos por el pueblo. Los belgas están en la feliz situación de no tener que tomar seriamente estas amenazas. No se les oculta que entre el proletariado de Gante, entre los trabajadores del puerto de Amberes y entre el pueblo minero del país de los walones, se hallan también elementos que pueden ser irritados por agitadores extranjeros, por ejemplo de Alemania, como lo han sido ya con frecuencia. Mas á nadie se le ocurre aquí hablar de estos elementos como de un partido, según podría creerse á juzgar por el estado de las cosas. No se ha coqueteado jamás con ellos, y no se necesitan por lo tanto decretos especiales en contra suya. La constitución prestó suficiente amparo y basta para matar con un silencio general manifestaciones de la índole de la de Bruselas.»

jadores, que expuso al país á una guerra civil. En conmemoración del 18 de marzo, día de la *Commune* de París, pasaron por las calles y plaza de Lambert de Luettich masas de trabajadores llevando una bandera roja; al hacer alto en la plaza citada, dijo un orador: «Habeis atravesado por las calles más ricas de la ciudad, y visto los comercios atestados de preciosidades. Todas estas riquezas las habeis producido con el sudor de vuestra frente, con vuestro trabajo. ¿Y qué tenéis de esto? Estais hambrientos y desnudos; sois unos cobardes todos.» Despues de estas palabras arrojáronse los trabajadores sobre los cafés y comercios, saqueando y destruyendo cuanto podían y defendiéndose con pedradas y tiros de revólver contra la guardia nacional y la policía, que



Leopoldo II, rey de Bélgica

solo á media noche y á costa de grandes esfuerzos consiguieron dominar el tumulto. El 21 del mismo mes reuniéronse en la vecina *Seraing* muchos trabajadores procedentes de gran número de puntos fabriles, con este orden del día: «El suelo debe pertenecer á todos; ¿por qué somos esclavos?» Esto terminó con una gran refriega en la que intervinieron los gendarmes y soldados, que originó muchos heridos y presos. En la misma Bruselas tuvo efecto el 26 una reunión popular, que no degeneró en tumulto, pero demostraba el estado de los ánimos un pasquin pegado durante la noche en muchas esquinas que decía así: «Una vez pagada nuestra pequeña cuenta semanal, ¿qué nos queda? Nada. Nuestras mujeres y nuestros hijos van descalzos y envueltos en harapos. Nosotros nos consumimos en estrechas y malsanas covachas, en las cuales jamás penetra un rayo de sol. Nos queda un medio de poner término á esta miseria. En los escaparates de los comercios hemos visto ostentosamente expuestos los objetos que necesitamos, pero cuya posesión no nos permite alcanzar nuestro escaso jornal. ¡Compañeros, apoderémonos de ellos! Reunámonos el domingo á las siete de la tarde en el mercado de hortalizas. Tan pronto como nos hayamos disuelto, prenda fuego cada cual á su vivienda y partamos despues á tomar habitación en el barrio Leopoldo.» Al siguiente día reuniéronse en Charleroy de 6,000 á 8,000 trabajadores, echáronse allí lo mismo que en Lodelinsart, Dampremy, Yumet y Ransart, sobre los escaparates, fábricas y villas ú hoteles particulares, rompiendo, arrasando y quemándolo todo. En Roux los soldados pudieron im-